

EL GIENNENSE ANTONIO VIEDMA Y LA FUNDACION DE FLORIDABLANCA

por

MIGUEL MOLINA MARTÍNEZ

La actividad urbanística constituye un capítulo fundamental de la política borbónica. No sólo quedó plasmada en una intensa labor de salubridad pública, sino también en la fundación de nuevas ciudades. Estas fueron surgiendo en perfecta consonancia con la ocupación de nuevos territorios, en respuesta, a su vez, a necesidades económicas, militares y estratégicas.

Dos zonas marginales del Imperio recibieron en el último tercio del siglo XVIII una atención preferente: el norte del virreinato novohispano y las tierras patagónicas, al sur de Buenos Aires. Mientras en la primera la actividad urbanística es bien conocida, no puede decirse lo mismo de la segunda. Quizás haya contribuido a ello el hecho de que el proyecto de colonización patagónico sólo fuera realizado a medias. Salvo la fundación de las ciudades de Viedma y Carmen de Patagones, ningún otro establecimiento sobrevivió¹.

Nuestra atención va dirigida precisamente a una de estas fundaciones cuya vida fue, en realidad, muy breve. Se trata de Floridablanca, en las tierras australes del Río de la Plata.

Tras la Independencia de las Trece Colonias, el Imperio británico volvió su mirada hacia latitudes meridionales, precisamente, las comprendidas entre el sur de Buenos Aires y el cabo de Hornos. La

1. Sobre estas fundaciones iniciales, véase: Martínez de Gorla, Dora Noemí: «El primer asentamiento de colonos en Río Negro, en Patagonia». *Boletín Americanista* (Sevilla), núm. 6 (1986), págs. 15-20.

potencial riqueza, derivada de la pesca de la ballena, sobre la que Faulkner había insistido tras su viaje por aquella zona, era un argumento de peso para las pretensiones inglesas en dichos territorios. Asimismo influyó la posición estratégica de la región para el control del Atlántico sur y para el acceso a las costas pacíficas.

Carlos III reaccionó con rapidez ante semejantes amenazas y mandó por Real Orden de 23 de marzo de 1778 el establecimiento de las poblaciones de Bahía sin Fondo y San Julián. Pero además de los móviles de estrategia y política internacionales, aquellas fundaciones respondían asimismo a intereses económicos.

Dada la preocupación del conde de Floridablanca por todo lo referente al fomento del Imperio, la colonización patagónica adquirió desde el principio una fundamentación agrícola insoslayable. Las instrucciones dadas por el ministro Floridablanca sobre las nuevas poblaciones señalaban que debían levantarse en lugares abundantes de agua y en «paraje donde el terreno prometa fecundidad para sementeras y frutos». De igual modo, insistía en la necesidad de enviar familias instruidas en las labores del campo y oficios útiles. Resulta, por tanto, obvio que las razones que movieron a la Corona a consolidar su presencia al sur de Buenos Aires respondían tanto a las necesidades de la política internacional, como al deseo de poner en explotación tierras marginales y desarrollar en ellas actividades agrícolas².

Los hermanos Francisco y Antonio de Viedma fueron los encargados de llevar a cabo tal empresa, aunque con desigual fortuna. El primero afianzó la colonización en el territorio de su demarcación y levantó dos poblaciones: Carmen de Patagones y Viedma, actualmente capital de Río Negro. Por el contrario, la actividad del segundo, cuyo desarrollo se esboza brevemente en estas líneas, concluyó con el abandono del territorio y del municipio recién fundado, Floridablanca. Tendenciosos informes sobre la inutilidad de este asentamiento y el escaso interés del virrey Vertiz convencieron a la Corona en 1783 de su supresión. Quedaba, así, frustrado un buen proyecto de colonización en tierras secularmente abandonadas.

Antonio de Viedma era hijo de una destacada familia giennense: la formada por Andrés de Fernández Viedma y Narváez, regidor del

2. Necesidad de formar dos establecimientos en las costas de América meridional e idea de la instrucción que se deberá de dar a las personas comisionadas de llevar a efecto este pensamiento. A.G.I., Buenos Aires, 326.

Cabildo, y Feliciano Verdejo y Fajardo. Como sus hermanos, ingresó pronto en la marina desde donde por su prestigio y méritos fue propuesto por Carlos III para la colonización patagónica.

EXPEDICIÓN Y FUNDACIÓN DE FLORIDABLANCA

La expedición pobladora zarpó de Montevideo en enero de 1780, bajo el mando de Antonio de Viedma en calidad de Comisario Superintendente³. La integraban, además del giennense, un contador-tesorero, un oficial, cinco suboficiales, 27 soldados de infantería, seis soldados de artillería, cuatro carpinteros, tres calafates, un herrero, un cirujano, dos sangradores, dos albañiles, un panadero, un presidiario, dos religiosos franciscanos y 17 pobladores. En total, incluidos pilotos y marineros, 133 personas.

Los avatares de esta expedición quedaron reflejados en el *Diario* que el propio Viedma fue redactando hasta su regreso en mayo de 1783⁴. Junto a las cartas e informes remitidas al virrey el *Diario* constituye una fuente de primer orden para el conocimiento de su empresa. Allí quedan reseñadas sus aptitudes colonizadoras y preocupación urbanística.

El reconocimiento del territorio y la búsqueda del lugar idóneo para el establecimiento de la población fueron las principales actividades que ocuparon a los expedicionarios. Los datos existentes sobre aquellas regiones eran muy escasos y contradictorios. Las noticias transmitidas por los jesuitas Quiroga, Cardiel y Strobel eran ciertamente desalentadoras acerca de las posibilidades de fundar allí poblaciones⁵. Se trataba, sin embargo, de juicios deformados, en gran medida, por el afán evangelizador de los tres religiosos. Estos al no encontrar apenas población indígena reconocieron la imposibilidad

3. Sobre la jurisdicción y atribuciones de este cargo, véase: Gorla, Carlos M.^a: *Los establecimientos españoles en la Patagonia: Estudio institucional*. Sevilla, 1984.

4. Viedma, Antonio de: *Diario de un viaje a la costa de Patagonia para reconocer los puertos en donde establecer población*, en Angelis, Pedro de: *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1972, T. VIII, B, págs. 845-936.

5. Este viaje coincide con el asentamiento de los jesuitas en el Mar del Plata. Su objetivo no era otro que internarse en las tierras de la Patagonia, encontrar poblaciones indígenas y crear reducciones. Véase: Lozano, Pedro de: *Diario de un viaje a la costa de la mar magallánica en 1745... formado sobre las observaciones de los padres Cardiel y Quiroga*, en Angelis, Pedro de: *op. cit.*, T. III, págs. 593-633.

de realizar su empresa misionera. De ahí, su impresión negativa sobre aquel territorio.

A pesar de ello, el interés por la zona no cesó. La constante amenaza extranjera provocó en la Corte un renovado esfuerzo por conocerla mejor y ocupar sus principales puertos. Expediciones sucesivas vinieron a ofrecer noticias menos pesimistas sobre la naturaleza de aquellas tierras.

Antonio de Viedma, por su parte, defendió siempre la bondad del territorio para levantar allí un enclave urbano, sede de una floreciente colonia agrícola⁶.

De todos los lugares reconocidos por el giennense, San Julián, a donde llegó a finales de marzo de 1780, reunía las mejores condiciones para el asentamiento. A su juicio, el agua era abundante y la tierra de buena calidad. Además, el contacto con el indígena resultó, en extremo, cordial. Tienen interés algunas anotaciones de Viedma sobre la forma de construir el municipio y las características del mismo:

«Satisfecho pues –escribe– de la buena calidad del suelo, de la bondad del clima, del temperamento a propósito de sementeras... y asegurándome los pilotos ser bueno el puerto, decidí se debe establecer una población a cosa de una legua de la playa... así por resultar allí ya conocida el agua del manantial, como porque las sementeras se hallaren próximas a la población para mejor resguardarlas de los indios y mediante que a media legua de la playa empieza el buen terreno»⁷.

La fundamentación agrícola de la colonización resulta evidente y a ella se subordinarán todos los demás aspectos. La ubicación de la población lejos de la playa obedecía a esta razón a pesar de que ello supusiera mayores dificultades para el acarreo y transporte de las mercancías.

«Bien podría –sigue argumentando– sobre la misma playa situarse la población... pero sería trabajoso al labrador tener su casa distante por lo menos media legua de sus labores; y además de la molestia y

6. Viedma, Antonio de: *Descripción de la costa meridional del Sur, llamada vulgarmente Patagonia; relación de sus terrenos, producciones, frutos, aves y peces; indios que la habitan, su religión, costumbres, vestidos y trato; desde el puerto de Santa Elena en 44° hasta el de la Virgen en 52° y Boca del Estrecho de Magallanes*, en Angelis, Pedro de: *op. cit.*, T. VIII, B, págs. 937-963.

7. Viedma, Antonio de: *Diario...*, pág. 883.

cansancio que se les aumentaría con este motivo a los colonos, se les produciría también el perjuicio del tiempo que perderían en ir y venir cada día y el riesgo de los indios a que estarían sujetas las sementeras a tanta distancia de la población»⁸.

No cabe duda de que Viedma tenía una idea clara de su misión y de las condiciones exigidas para un establecimiento seguro. No obstante, propuso al Superior Gobierno la consideración de todo su proyecto para lo cual envió a Buenos Aires los pertinentes informes. Aprovechó, incluso, la ocasión para solicitar el envío de nuevas familias de colonos, semillas para sembrar, aperos de labranza y todo lo necesario para llevar a cabo la fundación.

Mientras tanto, pasó a reconocer Puerto Deseado. Esta región también le mereció una opinión favorable y decidió invernar allí. De inmediato comenzó la construcción de ranchos, almacenes y una capilla, todo fabricado con paja quinchada y cuero⁹. La internada fue dura por las inclemencias climáticas y por los estragos ocasionados por el escorbuto. La alarma cundió provocando un conato de sublevación, resuelto felizmente por la decisión de Viedma de reembarcar hacia Buenos Aires a los enfermos y descontentos.

En Puerto Deseado ya puso en práctica una intensa actividad colonizadora en su afán de demostrar que allí era posible una fundación estable.

«El trigo y la cebada –escribe al virrey– que se ha sembrado para experimentos ha nacido y se halla detenido como es regular hasta que entre la primavera; quince gallinas que he reservado para dar huevos al Hospital no han parado de poner en todo el rigor de los fríos; los cerdos a la intemperie... sin echarles de comer más que las raíces que da la tierra se han puesto bien gordos...»¹⁰

A mediados de noviembre avistaron la nave que traía el permiso para la fundación en San Julián y 74 nuevos pobladores. De esta forma, Antonio de Viedma podía ya dar inicio al establecimiento en los términos que había propuesto con anterioridad. Conforme a ello, el municipio comenzó a levantarse junto a los pozos en San Julián.

8. *Ibidem*.

9. *Ibidem*, pág. 895.

10. Oficio de Antonio de Viedma a Vertiz. Puerto Deseado, 20 de agosto de 1780. A.G.I., Buenos Aires, 327.

Estas actividades ocuparán a la totalidad de la población durante los meses siguientes.

La ayuda indígena fue de incalculable valor al prestar mulas para el acarreo y carne de guanaco para la subsistencia. El 28 de enero de 1781, construido ya el primer cuartel, se bendijo el lugar y la capilla bajo el nombre de *Nuestra Señora del Rosario*. El acta de fundación del municipio también data de esa fecha y fue bautizado con el nombre de *Nueva Población y Fuerte de Floridablanca*, sin duda en homenaje al ministro José Moñino, principal promotor del establecimiento. En dicho documento se especifica que se había levantado a 7/4 de legua del muelle en los 49° 20' de latitud sur¹¹.

Los primeros momentos de Floridablanca fueron muy difíciles. Más de una veintena de muertes, la propagación de enfermedades y la escasez de víveres hicieron peligrar la supervivencia de la población. La llegada del buen tiempo y de nuevos suministros salvaron la situación.

En los meses siguientes prosiguieron los trabajos para la conclusión de varios cuarteles. En abril se data el primer nacimiento y continúan las obras de albañilería y carpintería. En mayo se levanta un horno y una herrería, todo de adobe y recubierto de madera. Cuando llegó el nuevo invierno, todos los colonos estaban instalados en sus habitaciones.

Asombra la febril actividad desplegada para conformar la trama urbana de Floridablanca, sobre todo, teniendo en cuenta las adversas condiciones climatológicas (viento y bajas temperaturas)¹². Ratto no repara en elogios cuando hace balance de lo edificado: un fuerte de madera de 28 varas en cuadro con alojamientos para la plana mayor, maestranza, cuartel para la tropa, cocinas y almacenes, un hospital con una sala para enfermos y habitación para los practicantes, farmacia y consultorio con tapial de adobe y techumbre de tejas fabricadas en aquel lugar. Junto a este edificio, se construyeron nueve casas para otras tantas familias con sala dormitorio, cocina y pozo.

En el lado opuesto, se edificó una panadería con dos hornos, habitación para el artesano, herrería, tahona y dos piezas para los ope-

11. A.G.I., Buenos Aires, 327.

12. Burucua, José Emilio: *Viajes de Antonio de Viedma: Los establecimientos de Puerto Deseado y San Julián*, en *II Congreso de Historia Argentina y regional*, Buenos Aires, 1974, T. I, pág. 54.

rarios. Contiguo a la panadería, se levantó otro conjunto de nueve casas para los pobladores.

Completaban la traza urbana las viviendas que algunos particulares construyeron a sus expensas y dos pulperías¹³.

Tal era la Floridablanca levantada por Antonio de Viedma como centro de un proyecto agrícola que finalmente no prosperaría.

LA PRECARIA SUBSISTENCIA DEL ASENTAMIENTO

Durante los primeros tiempos de vida, las siembras fueron abandonadas debido a que la población quedó absorbida por las obras de edificación. Ello repercutió en los difíciles comienzos. Sólo a partir de mayo de 1782 las faenas agrícolas se intensificaron y los colonos pudieron disponer de los animales, antes empleados en la construcción.

Uno de los problemas prioritarios fue la obtención de agua para el riego. En un principio, Viedma pensó en desviar el cauce de los manantiales mediante la fabricación de una presa. La medida resultó fallida. En su lugar, propuso la instalación de norias. Con estos proyectos volvió a demostrar un encomiable espíritu de superación, convencido siempre de la capacidad del individuo para afrontar las situaciones más adversas. Una actitud en clara sintonía con la filosofía ilustrada de la que participaba.

Cada poblador recibió 20 fanegas de tierra para sembrar trigo y cebada. Los cultivos rindieron favorablemente y ello convenció al Comisario Superintendente de la fertilidad del suelo. También se sembraron hortalizas con buenos resultados. El propio *Diario* de Viedma y los informes remitidos por éste a Vertiz reflejan este optimismo y una gran confianza en el desarrollo de aquella colonia agrícola¹⁴.

Con todo, la cosecha pudo haber sido mejor si se hubieran realizado las labores en mejores condiciones y hubiese habido mayor disponibilidad de ganado y útiles de labranza¹⁵. Otro factor de incidencia negativa fue la falta de conocimientos agrícolas de muchos de los pobladores. Por ello, salvados estos contratiempos iniciales, Vied-

13. Ratto, Héctor: *Actividades marítimas en la Patagonia*, pág. 133.

14. Viedma, Antonio de: *Diario...*, págs. 921 y ss.

15. Información de los pobladores de San Julián. A.G.I., Buenos Aires, 328.

ma no dudaba en afirmar que la tierra de Floridablanca era «fértil para las sementeras de granos, especialmente de trigo, cebada, garbanzos y frijoles... Si se plantan árboles correspondientes a terrenos fríos no dudo se críen bien; los pastos son abundantes y de superior calidad para todo género de ganado»¹⁶. Asimismo el agua de la región le merecía todos los elogios por su abundancia y calidad¹⁷.

Sin embargo, no todas las crónicas compartían la euforia del giennense. Algunos de los mismos pilotos que le habían acompañado informaron de manera muy distinta al virrey. En general, venían a coincidir en que las tierras en que se había levantado Floridablanca eran salitrosas y areniscas y, por consiguiente, poco aptas para el cultivo. Las características del clima y la calidad del agua tampoco contribuían, en su opinión, a la estabilidad de la colonia¹⁸.

Estos informes influyeron, a su vez, en el juicio que el virrey hubo de emitir sobre las tierras patagónicas. Por ello, sus conclusiones en nada favorecieron la continuación del asentamiento en Floridablanca y así lo expresó a José de Gálvez. Para Vertiz aquel paraje carecía de ventajas para la navegación y para el comercio y lo consideraba absolutamente despreciable¹⁹. Y proseguía:

«Concuerdan /los informes/ también en que el agua es salobre y en que la única de que pudiera hacerse uso está a dos leguas de la población; y concuerdan por último, en que las semillas de las legumbres de Europa no nacen o no crecen, y que el trigo y cebada fructifica muy poco: lo cual no debe extrañarse, porque el excesivo frío que se experimenta en esta parte de la costa, el desarreglo de las estaciones, lo salitroso y arenisco del terreno, su aridez y desolación (sobre que concuerdan todos los informes) anuncian que serán infructuosos los trabajos de los colonos; que éstos nunca podrían subsistir con los frutos del país, y que las embarcaciones españolas que naveguen a la mar del

16. Informe de Antonio de Viedma. Buenos Aires, 31 de mayo de 1783. A.G.I., Buenos Aires, 65.

17. *Ibidem*.

18. Descripción de la Bahía de San Julián y Río Negro de la Costa Patagónica sobre la calidad de los terrenos, la extensión, los frutos que producen o pueden producir, las aguas, temperamentos..., según el primer piloto de la Real Armada, Juan Pascual Calleja. Buenos Aires, 5 de noviembre de 1781; Informe de José Ignacio de Goicoechea. Buenos Aires, 15 de noviembre de 1781; Informe de Francisco Climen. Montevideo, 6 de noviembre de 1781; Informe de Bernardo Tafor. Montevideo, 16 de noviembre de 1781. Todos estos informes se encuentran en A.G.I., Buenos Aires, 328.

19. Informe de Vertiz a Gálvez. Montevideo, 22 de febrero de 1783, en Angelis, Pedro de: *op. cit.*, T. IV, pág. 230.

Sur, nunca hallarán en San Julián cosa alguna de las que puedan necesitar para su viaje; que es lo mismo que decir que el puerto es inútil y que sus pobladores perecerían si no fuesen socorridos de estas provincias.»²⁰

Inevitablemente este parecer determinó la Real Orden de 1 de agosto de 1783, según la cual Floridablanca debía ser abandonada²¹. El 29 de enero de 1784 los colonos regresaban a Montevideo. Una pilastra con las armas reales y una inscripción acreditando la soberanía hispánica eran los únicos vestigios que recordaban tan efímera presencia colonizadora.

Puerto Deseado también fue abandonado. De su fuerte quedan actualmente la base del muro frontal y la del lateral derecho así como dos bastiones. Sobre estos restos Deodat ha realizado una reconstrucción ideal del asentamiento español.

EPÍLOGO

Bien es cierto que aquellas tierras no eran las más adecuadas para el desarrollo agrícola; pero no lo es menos que con un mayor apoyo Viedma hubiera consolidado la presencia española en la zona. Aspecto éste de singular importancia, atendiendo al carácter estratégico de la misma.

Así lo debió entender la Corona poco después. No satisfecha con la determinación de abandonar Floridablanca, consultó, de nuevo, al virrey Loreto –sucesor de Vertiz– sobre si convenía despoblar la región ante la persistente amenaza extranjera. El cambio de actitud real no fue suficiente para detener el fin del municipio levantado por Viedma y así fue comunicado²².

Héctor Ratto acusa a Vertiz de no prestar atención a los establecimientos patagónicos y de actuar influenciado por los jefes de la marina del Río de la Plata y por algunos capitanes, cuyos lucrativos viajes entre Buenos Aires y San Julián habían sido amenazados por la colonización del giennense²³.

20. *Ibidem*.

21. A.G.I., Buenos Aires, 327.

22. Informe de Loreto a Gálvez. Buenos Aires, 3 de junio de 1784. A.G.I., Buenos Aires, 328.

23. Ratto, Héctor: *op. cit.*, pág. 133.

A pesar de su breve estancia, Antonio de Viedma desplegó una obra ingente en las tierras patagónicas. No sólo dirigió los prioritarios trabajos de edificación, sino que además intervino personalmente en la exploración del río de Santa Cruz y en el descubrimiento del lago que lleva su nombre²⁴. Por otro lado, debe ponderarse su interés por el conocimiento del mundo indígena.

La crónica de cuanto vio y oyó durante los tres años de permanencia en la Patagonia quedó reflejada en la descripción que de ella hizo. Se trata de un documento imprescindible para el estudio de aquellas poblaciones²⁵. Más que por su contenido geográfico, sobresale por sus noticias sobre las costumbres, religión, fiestas, rituales y creencias de los indígenas. La amistad y compenetración alcanzada con ellos resulta inseparable de la imagen del «buen salvaje» que, como hombre de sólida formación ilustrada, poseía.

Desgraciadamente, la ciudad por él levantada tuvo una vida efímera. Circunstancias adversas y no pocos errores políticos condicionaron su temprano abandono. Sus vestigios, en frase de un historiador argentino, los ha hecho desaparecer el viento patagónico²⁶. No corrió mejor suerte Antonio de Viedma. Terminada su labor en la Patagonia, permaneció durante algún tiempo en Buenos Aires en espera de otro destino. Finalmente, éste no llegó. Regresó a su Jaén natal donde se le asignó el mismo sueldo que había disfrutado como Comisario Superintendente de San Julián.

24. Este viaje fue realizado por Antonio de Viedma para confirmar las noticias recibidas de los indios sobre la existencia de una gran laguna y la abundancia de madera en aquellos parajes. La expedición salió de Floridablanca el 7 de noviembre de 1782 y regresó un mes después, tras recorrer 720 kilómetros de tierras ignotas. Los datos geográficos aportados por el giennense a lo largo de la misma son de una extraordinaria exactitud y valor.

25. Viedma, Antonio de: *Descripción de la costa meridional...*, cit., págs. 937-963.

26. Entraigas, Raúl A.: *La obra de Antonio de Viedma en la Patagonia*, en *II Congreso de Historia Argentina...*, cit., pág. 152.